

# Presentación

Ya está encima el año 1998, cargado con la memoria de 500 años de evangelización en la Tierra Firme, llamada también “Tierra de Gracia”, iniciada desde ese momento histórico en nuestro suelo venezolano. Acaba de terminar en Roma el Sínodo de las Américas, con un intento de sentirnos y vivir eficazmente la solidaridad continental como comunidades de fe en medio de pueblos, culturas y lenguas diferentes, pero cada vez más interrelacionados. Nos aproximamos al tercer milenio, con su aura de angustia y esperanza. Angustia ante la creciente crisis ecológica, que afecta en primer lugar la vida de millones de mujeres y hombres, cada vez más lejos de un bienestar mínimo en condiciones de vida, salud, educación, trabajo. Esperanza de un mundo más unido o “globalizado”, para una información casi simultánea y una solidaridad que vaya superando distancias, incomprensiones, desprecios y marginaciones.

En el número anterior nos acercábamos a la realidad y sobre todo a las expectativas de nuestra iglesia, que va a celebrar su primer Concilio Nacional en este año aniversario. Teníamos más material y prometíamos publicarlo en números siguientes; y eso es lo que estamos ahora presentando brevemente. Unos estudios abordan más genérica y teóricamente el ideal de iglesia que se ha ido expresando en los documentos eclesiales de los últimos decenios. Otros abordan puntos más concretos de nuestra realidad venezolana actual. Tampoco esta vez hay ninguna pretensión de exhaustividad; y menos aún de decir una palabra última; más bien de contribuir a una reflexión común y sobre todo a una práctica pastoral más conforme con la palabra y vida de Jesús y, por ello mismo, Buena Noticia para nuestra actual situación de angustia y esperanza.

Abrimos con un estudio de *Andrés Argibay*, que sintetiza agudamente la eclesiología del Vaticano II en sus documentos mayores, superando decididamente el modelo preconiliar. Pero sobre todo acentúa la novedad de la opción eclesiológica echa en Medellín por las iglesias latinoamericanas y continuada en las ulteriores conferencias de Puebla y Santo Domingo. Su núcleo está en la opción evangélica y preferencial por los pobres. Más

concretamente esa opción es colocar “al hombre latinoamericano concreto como destinatario privilegiado” de la misión evangelizadora eclesial. Ahí, en esos rostros concretos de los pobres que tan evangélicamente delinearón Medellín, Puebla y Santo Domingo, emerge una apelación y un camino original, con identidad y fisonomía propias para nuestras iglesias. Se trata de una nueva forma histórica de ser iglesia hoy en América Latina y sobre todo una tarea apasionante para nuestra corresponsabilidad pastoral.

Con el trabajo de *Pedro Trigo* nos concentramos más en nuestra propia realidad eclesial venezolana. La cuestión es determinar con la mayor precisión posible en qué sentido y de qué manera nuestra iglesia es hoy “sacramento de salvación” en Venezuela. Aunque el volumen de páginas puede desanimar a alguno, creemos que merece la pena el esfuerzo para seguir al autor en su reflexión y sobre todo en su propuesta. Parte de la eclesiología del Vaticano II, centrada en la sacramentalidad de la Iglesia respecto al Misterio de Dios con el Pueblo de Dios como sujeto. Analiza el significado y alcance operativo de los conceptos de sacramento y signo. Y en la última parte se acerca decididamente a nuestra realidad eclesial, con ese empeño de historizar esos hermosos conceptos en nuestra realidad pecadora y esperanzada.

Las críticas que aparecen nacen de esa solidaridad en el pecado que somos; y sobre todo en la esperanza confiada en las potencialidades de nuestro pueblo pobre con el que compartimos dones y tareas, en actitud de pacientes pastorales también. Porque en definitiva el sentido último de nuestro ser y actuar eclesial es servir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo como signos eficaces de esa Salvación que ya nos ha alcanzado y nos quiere seguir alcanzando en cada situación histórica. Quisiéramos subrayar especialmente, como lo hace el autor, la importancia de la escucha obediente de la Palabra de Dios y la lectura orante de la Escritura, como medios indispensables para esta configuración más cristiana de la iglesia que se propone fuertemente, frente a una iglesia de meros administradores de servicios religiosos o de servicios sociales sustitutorios. Sólo desde la Palabra de Dios leída como sujetos afectados ahora por ella, el creyente se hace de veras hombre de Dios y servidor, como Jesús, de los hermanos, comenzando por los pequeños y marginados.

Si la dimensión popular, verdaderamente laical e integral del hombre, ha sido tema descuidado en parte por nuestra reflexión teológico-pastoral hasta ahora, no cabe duda de que el buen sentido del pueblo creyente ha tratado de obviar ese olvido buscando formas más complejas del mensaje evangélico. No es que debamos descartar el acento primario dado a la injusticia estructural que pauperiza cada vez más y hace más inhumana que hace unos años la situación

de nuestros pueblos (hasta llegar a hablarse de una “cultura de la muerte” ante tanta violencia y marginación excluyente). El pragmatismo de nuestro pueblo lo expresaba muy bien el brasileño Ribeiro de Olivera (Coexistencia das religoes no Brasil, Vozes, Petropolis, 1977: 558): “Todas las religiones son buenas, pero cada una para una ocasión: para quien no tiene problemas en la vida, la mejor religión es la católica; nos juntamos con los santos, vamos a la iglesia cuando queremos y nadie nos incomoda. Para quien está en dificultad económica, la mejor religión es la de los protestantes, porque ellos nos ayudan como hermanos; solo que no puedes tomar, fumar, danzar, ni nada. Para quien sufre de dolores de cabeza, la mejor religión es la de los espiritistas, esta es exigente, no se puede faltar a las sesiones, pero cura de verdad. Si Dios quiere, cuando quede curada del todo, vuelvo para el catolicismo”.

El trabajo investigativo de la doctora *Angelina Pollak-Eltz* nos hace caer en la cuenta de los aspectos descuidados que es necesario recuperar con el buen sentido integral de nuestro pueblo. El mundo intelectual teológico ha subrayado demasiado los aspectos racionales y éticos del Evangelio, pero ha silenciado casi totalmente la cara consoladora y emotiva, sanante y esperanzada de la vivencia plena de la fe. Traza a la vez una breve historia del pentecostalismo y una caracterización del mismo como “movimiento religioso”, y no como secta. Entre sus formas está la Renovación Carismática Católica, que logra tanta adhesión como otros grupos o confesiones evangélicos o protestantes. Señala hasta 24 pistas para explicar el éxito de estos movimientos y afirma que la RCC o la Nueva Evangelización inculturada en los valores tradicionales son alternativas válidas a la -según ella- toda innecesaria de lo festivo en el cristianismo del Vaticano II y la politización excesiva de la Teología de la Liberación.

Cerramos el número con un denso artículo de *Jesús María Aguirre* sobre los desafíos que presentan los nuevos medios de información y comunicación a la tarea pastoral de la iglesia en esta nueva cultura “mediática”, que ya no es sólo adveniente sino, como nos dice el autor “concerniente”. Reflexiona sobre el papel del “producto religioso” en este contexto de mercado de ofertas culturales y de entretenimiento que son los medios, con la morfología peculiar que imponen a la comunicación del mensaje. Trata luego sobre el enorme impacto sociocultural y religioso de estas nuevas tecnologías en el tema de la aculturación social y la incidencia política, así como la redefinición del espacio público que estos medios obligan a hacer. Concluye con unas perspectivas de la globalización que se está ya realizando, con su peligro real de concentración oligopólica; pero con su gran potencialidad de crear una integración reticular abierta a todos.

El riesgo de que haya también *info-pobres e info-ricos* está ya dado; pero cabe promover, como lo dijo la Conferencia Episcopal de Canadá, un acceso universal a precios razonables. “La segmentación de los nuevos medios y su entrada a la esfera familiar facilita las experiencias de individualización con desmedro de las relaciones comunitarias directas, pero con posibilidad de creación de múltiples comunidades virtuales”. Tal vez las parroquias del futuro vayan más por esta línea, facilitando la apropiación personal del Evangelio, pero sin obviar la dimensión comunitaria intrínsecamente unida a su mensaje salvífico. Por lo demás se trata de un “signo de los tiempos” mayor de nuestra historia actual y futura; y de uno de los nuevos y crecientes “areópagos” donde nos invitaba recientemente el papa Juan Pablo II a proclamar el Evangelio ante el tercer milenio que se avecina”.

Con estas reflexiones eclesiológicas, tanto a nivel más universal como haciendo pie en campos bien concretos de nuestra realidad actual, intentamos seguir ofreciendo nuestra modesta colaboración a la tarea eclesial de que todos somos corresponsables; atentos a lo que en el próximo Concilio Nacional logremos reflexionar, proponer y suscitar en nuestra iglesia local, donde el laicado está esperando, tal vez como nunca, una nueva oportunidad de dejarse evangelizar, especialmente para los más pobres, y ser colaborador del Evangelio de Jesús para tantos otros, marginados de toda Buena Noticia en este fin de milenio y de cara al “tercer milenio que viene”.

*Eduardo Frades, cmf*